

PLUMA  
Y  
LAPIZ

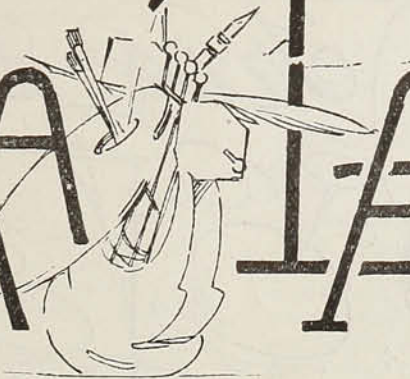
30  
TVS



*Simandri. B*



# PLUMA Y LÁPIZ



Nº I

SANTIAGO, 26 DE JULIO DE 1912

NÚM. 2

ADMINISTRADOR ARTURO D'ALENÇON	DIRECTOR ARTÍSTICO CRISTÓBAL FERNÁNDEZ	OFICINAS MORANDÉ 432 CASILLA 2443
DIRECTOR FERNANDO SANTIVAN	SECRETARIO DE REDACCIÓN DANIEL DE LA VEGA	

## PRIMEROS PASOS

Antes que nada, debemos espresar nuestros agradecimientos al numeroso público que se ha dignado favorecernos comprando el primer número de "Pluma y Lápiz."

No imaginábamos una acogida tan entusiasta, tan benévola y elocuente.

Haciendo nuestros cálculos, veíamos por delante una empresa árdua, llena de tropiezos. Algunos amigos pesimistas nos habían pronosticado el fracaso, ya francamente ó con ambiguas palabras de desaliento.

¡Una revista literaria! ¡No recurrir á los trillados caminos de otras publicaciones, llenando las páginas de informaciones gráficas, desdeñando la colaboración nacional, recortando de revistas europeas!

Todos estos eran obstáculos que nos señalaban y que hacían temer por la suerte de nuestros proyectos.

Sin embargo, hemos comprobado que el público estaba preparado para recibir una publicación como "Pluma y Lápiz." Sin que pensemos en señalar como de-

fectuosas las demás revistas que se publican en Chile, creemos que no respondían del todo al anhelo de sus lectores.

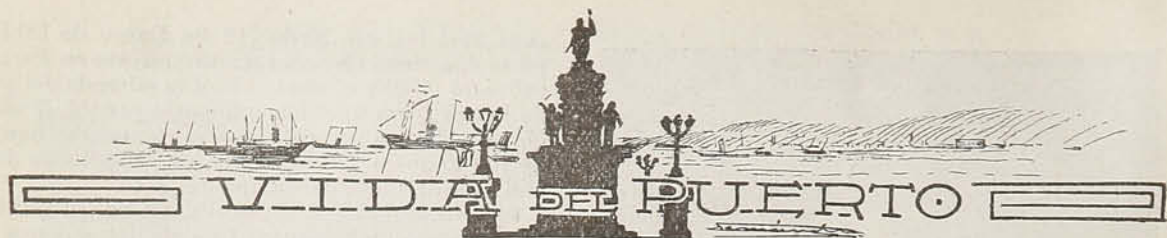
Hacia falta, en buenas cuentas, el espíritu de juventud que debe caracterizar á las empresas artísticas. Menos gravedad, menos estiramiento solemne y ceremonioso.

Nuestra revista no viene á competir, pues, con las que ya se publican en el país; por el contrario, viene á realizar lo que lo que las otras desdeñaban hacer.

Ellas con sus grandes recursos tipográficos, su elegante ostentación de colores y grabados, pueden seguir triunfando; nosotros, con nuestro contingente de escritores que espriman su cerebro en la dorada é insaciable copa del arte, llamaremos á nuestro lado á todos los que deseen escuchar el cálido murmullo de la juventud que siente y que piensa.

La vida es grande, es múltiple. Los gustos son incontables. Hay campo para todos. ¿Por qué negarle su parte á este Pluma y Lápiz, modesto y respetuoso de sus mayores?...





Valparaíso, 3.<sup>a</sup> semana de julio de 1912.

La voz cantante de los muchachos ha llevado á todos los ámbitos de la ciudad el nombre de PLUMA Y LÁPIZ, resucitando aquí y allá un eco grato en el alma de los hoy viejos colaboradores ó lectores del semanario muerto ocho años há.

—¿Qué dice ese chico? Ah, PLUMA, la vieja y querida PLUMA!...

Y si se trata de un grave funcionario que marcha con su mujer del brazo y el tropel de chiquillos al lado, dirá á su consorte mientras hojea nerviosamente la nueva revista:

—¿Recuerdas? ¡Donde yo te escribía versos, cuando no era más que un enamorado poeta!

Muy transformado el cuaderno, más grueso y elegante; pero no tanto sin duda como ha cambiado su antiguo colaborador: infinitamente más gordo y lujoso que aquel muchacho que se desvelaba aconsonantando sus madrigales para la amada.

Sin embargo, el prestigio del nombre basta para que su espíritu, ya disciplinado y positivo, se eche á vagar en compañía de los recuerdos de la vida de bohemia. Con el rabillo del ojo se ve por los hombros una bravia melena no muy limpia, acariciándole la barba los lazos volantes de una corbata multicolor, la ropa descuidada, los zapatos torcidos, y coronando la cabeza convertida por dentro en un kaleidoskopio, un sombrero inverosímil, altivo y provocador, que es como el penacho de su fantasía.

Era el buen tiempo en que con tres ó cuatro locos como él se iba del braceté en correrías nocturnas por las calles del Almendral, recitando con voz llorosa estrofas de los maestros, ó improvisando audacias en que las metáforas estallaban como granada de bengala entre el martilleo de los endecasílabos. A veces se detenían á la media noche, junto á la barandilla del puente Jaime, para escuchar en un silencio religioso, algo superior á todo lo dicho: la «Serenata de Schubert» ó la «Oda de Víctor Hugo». Las voces se alzaban sobre el ahogado estruendo de la ciudad, como rabiosas en el ansia del desquite...



Ellos no quieren reconocerse en esta generación de escritores profesionales, que practican la higiene, que leen libros científicos y hasta pagan sus cuentas al sastre y al zapatero. Su entusiasmo razonado y metódico no es el de ellos, por más que reconozcan que dura para más.—¡Epoca de literatos temperantes y hasta vegetarianos!... ¿Puede esperarse algo de tales artistas?—se preguntan.

Hoy han pasado el uno al lado del otro, saludándose sin estimación, por cortesía. Al elegante de hoy y bohemio de ayer, el escritor de esta generación no le recuerda nada de su desórden y su entusiasmo vehemente. Tampoco el joven escritor que afila su lápiz para colaborar en PLUMA parece preocuparse de la exagerada pulcritud con que ahora se presenta en sociedad su antecesor en las letras.

Y, con todo, ambos se deben alguna cosa: el uno la educación del gusto público hasta dejarlo en el

linde del arte romántico, y el otro la continuación de su obra dentro de la realidad nacional.

...Otro día que tenga á mi alcance al uno y al otro he de ponerlos en contacto, con el intento de presentar su reconciliación como una ofrenda en el altar del Arte Libre que viene proclamando PLUMA Y LÁPIZ.



La sombra blanquecina de las nubes ensombrece prematuramente las carillas donde va escribiéndose esta crónica. Un día muy «porteño», velado por nieblas inmviles; que cierran el horizonte marino con un muro tan denso como el de los cerros que limitan el horizonte terrestre.

La actividad del puerto se desarrolla con mayor aliciente, pero más discreta en su estruendo, dentro de este ambiente blando, oleoso, como de gutapercha. Ruidos amortiguados, silbar de trenes, más llorosos que nunca... El provinciano siente encogerse su corazón bajo esta frialdad húmeda, en la ausencia de su adorado sol de los valles cordilleranos. Piensa en que allá también llueve, pero en rachas tan violentas como rápidas, para en seguida lucir más resplandeciente la luz de oro en el cielo diáfano como un fino cristal recién lavado. ¡Pero este ambiente de plomo, este cielo eternamente indeciso entre la lluvia y el sereno, cuánto mal le hacen!

Mientras el recién llegado se abandona á estas protestas, el porteño nativo labora con más celeridad que nunca en medio del barro ó de los charcos. Pasa á largas zancadas, envuelto en su impermeable; y sólo se distingue de él, por la menor vastedad de la silueta, la empleadita que marcha con paso menudo y rápido, también embozada hasta los ojos en la tela gris del impermeable.

Y destácase de la movible columna de transeuntes la alta figura del «gringo», moviéndose á maravilla en el ambiente de su querida bruma londinense, que aquí aromatiza de sabor local el humo de su cachimba...



Llueve; sopla una ráfaga; la lluvia azota con más fuerza los techos y los muros. Las gentes se recogen con apresuramiento al tibio asilo del hogar. Las calles van quedando solitarias allá por las oraciones, y la hora amarga, lúgubre del anochecer se empapa de una acerba melancolía.

El minuto es propenso á los más ingratos recuerdos. El enfermo, tras el balcón, se revuelve en su silla, esquivando la mirada del fugitivo desfile, mientras siente cobrar bríos las punzadas de su gota... La joven en espera de alguien deja caer desoladamente la cortina, ya agotada toda esperanza. Y el hombre, á solas con su pensamiento, piensa en la novia perdida, en el amigo desleal, en los viejos proyectos abandonados, al mismo tiempo que un desaliento de muerte le hace saltar la pluma con que ali-neaba cifras en el mesón de la contaduría...

E. M.